

La figura del hombre en dos cuentos de Elena Garro

Sara Rodríguez García*

Figura emblemática de la literatura mexicana y heredera de un tipo de escritura único, Elena Garro fue un personaje sustancial en la cultura del país durante el siglo XX. La magia de su memoria se inserta en todo su quehacer literario y con razón, ya que se crea a partir de lo que se conoce y se conoce a partir de lo que uno es. En sus temas más recurrentes se encuentra el exilio interior, el escape, la persecución incesante, el abuso de poder, la rebeldía femenina, entre otros.

El primer relato forma parte del libro *La semana de colores* y se titula "El zapaterito de Guanajuato". Ahí se refleja la crisis de la ciudad, la pobreza y la situación de los personajes marginados que no pueden valerse por sí mismos y, que hasta cierto punto, dependen de lo que los únicos dos varones (fuera del niño y el viejo) les pueden ofrecer: dinero (el amante) y artículos fiados (el tendero).

El otro cuento titulado "El niño perdido", es parte de *Andamos huyendo, Lola*, publicado en 1979. En éste, es común ver la noción del escondite, la huida y la persecución de la sociedad que se expone como las extremidades de un gobierno dominante. Los personajes principales, constantemente son traicionados por aquéllos en quien tienen confianza. Estos son Camargo, el encargado del hotel; Eliseo, quien incluso intenta eliminarlos; y el mismo Jesucristo que no ayuda a Faustino cuando su padre lo golpea: "Seca su mano, Señor Jesucristo"; y ¡nunca se la secó!" [...] No quiso hacerme el milagro".¹ En el texto hay una crítica expresa a los sistemas judiciales, políticos y religiosos sobre los que se rige el mexicano. La ironía que a veces se asoma en el texto, se presenta con una risa cruda: "...yo soy el niño perdido... Pero no como me decía mi papá: ¡Perdido!...¡Sinvergüenza! ¡Ojalá y que nunca hubieras nacido!"²

El manejo de los personajes y sus características dentro de los textos de Elena Garro, en este caso de dos de sus cuentos, es quizá el aspecto más impor-

tante. El protagonismo generalmente femenino y la usanza del personaje masculino, como un método de apoyo para el engrandecimiento del primero, es la cuestión principal.

El varón es criticado, minimizado e incluso rezagado al olvido protagónico en la mayor parte de la literatura garricana. Lo relevante en los cuentos presentados es que ambos son narrados y dirigidos por personajes masculinos. Sin embargo, estos

hombres que la escritora considera dignos de su cuentística son parte de un grupo marginado. El primero de ellos es el señor Loreto Rosales de 82 años, quien es consciente de que su avanzada edad lo limita como hombre protector: "Las muchachas se me quedaron mirando: 'Viejo tarugo, ¿Para qué sirve?' Les leí el pensamiento"³ y a la vejez habría que agregarle su situación como extranjero.

El otro narrador es el niño que escapa del hogar tras ser víctima del maltrato infantil y es una contradicción de lo varonil. Por naturaleza el niño es subjetivo y en su fantasía tiene la oportunidad de ser cualquier cosa, sin apearse a un modo concreto de accionar, la

imaginación predomina sobre la razón que el hombre cree tener:

En la infancia la carencia de toda norma conocida, la ausencia de prejuicios da al hombre la posibilidad de experimentar lo que de primera mano le ofrece el mundo. [...] Al niño, las necesidades prácticas no le preocupan; se entrega a la imaginación y a la fantasía sin reparar en las consecuencias, no le importan.⁴

Al igual que el viejo, los infantes aparecen débiles y muestran una pobreza de características masculinas como la fuerza, valentía, liderazgo y poder. Ninguno es capaz de proyectar amenaza alguna, son banales, no se les toma en cuenta, son invisibles. Y ellos están al tanto de su inferioridad como cuando Faus-

En el texto hay una crítica expresa a los sistemas judiciales, políticos y religiosos sobre los que se rige el mexicano. La ironía que a veces se asoma en el texto, se presenta con una risa cruda: "...yo soy el niño perdido... Pero no como me decía mi papá: ¡Perdido!...¡Sinvergüenza! ¡Ojalá y que nunca hubieras nacido!"



El varón que no está marginado, el que pertenece a esa generalidad “masculina”, contiene en sí mismo una bomba de tiempo, para que de él surja el estigma de dominante y adversario. Él, que pareciera ser compasivo o bondadoso, se quita la máscara para dar paso a la traición y crueldad.

tino baja del hotel y la policía está afuera: “...a mí nadie me miró y salí a la calle”.⁵ Y cuando el viejo va siguiendo a la señora Blanquita y a su pretendiente, dice: “A mí no me vio. ¿Quién se fija en mí? ¡Nadie! Nadie sabe ver a un pobre. Además yo sé caminar sin que me miren”.⁶ Y no sólo ellos tienen conocimiento de su posición. Garro deja claro que estos individuos son ignorados y hace que un personaje lo confirme: Leli compara la presencia de este niño con la de un animal al que por obvias razones, nadie involucra en acusaciones “¿Qué te van a encontrar! ¿Han encontrado a Serafín?”.⁷

Por otra parte, el héroe se había entendido que generalmente era un varón, pues la primacía del protagonismo masculino era evidente en la literatura relacionada con el poder y la aventura. Sin embargo, en “El zapaterito de Guanajuato”, el personaje heroico es la señora Blanquita, que se enfrenta a su amante, quien hace el papel de adversario para cumplir la promesa a don Loreto: “Quinientos pesos...yo se los doy y le pago su boleto de autobús para que regrese a Guanajuato”.⁸ Blanquita tiene varios enfrentamientos con el enemigo y protege la identidad del viejo y su nieto, a quienes provee y cuida en su hogar, mientras se las arregla para conseguir alimento, como lo haría el padre de familia. Por eso Liliana Pedroza señala que las personajes de Garro “huyen del poder patriarcal al que están sometidas, la fuga evidencia la dominación que las ac echa y las persigue”.⁹

Es interesante que quienes auxilian a Blanquita en sus continuas batallas con el hombre y en la búsqueda del pan, son dos empleadas domésticas: Josefina y Panchita, quienes a pesar de su escasez financiera que conlleva la nula capacidad para pagarles, se apoyan y mantienen a su lado batallando con los inesperados sucesos que ocurren tanto en el hogar como por su extraña personalidad.

En el otro cuento, “El niño perdido” es el protagonista, sin embargo, una vez que se le une a Leli y Lucía, sus movimientos se rigen con base en los de ellas; incluso cuando se hallan detenidas y nadie lo

ve a él, se dirige a su lado, aunque eso significase quedar preso. Lucía es apenas una niña y a veces se le une a Faustino en su dudar y en varias ocasiones la invade el temor de ser capturada. Sin embargo, Leli (personaje constante en la literatura garricana, sobre todo en *La semana de colores*, al lado de Eva) les otorga la confianza necesaria para seguir adelante, los protege mientras deambulan desahuciados y muestra calma y control ante las adversidades. De cierta manera, actúa como el héroe de los relatos, se enfrenta al enemigo, que siempre se relaciona con el personaje masculino y cuida a los suyos, pero no desde una perspectiva maternal, sino desde una defensiva.

El varón que no está marginado, el que pertenece a esa generalidad “masculina”, contiene en sí mismo una bomba de tiempo, para que de él surja el estigma de dominante y adversario. Él, que pareciera ser compasivo o bondadoso, se quita la máscara para dar paso a la traición y crueldad. Tal es el caso de “El niño perdido”, donde repetidamente se enfrentan con dichos personajes; primero Pablo, que les va a dar posada pero luego, aunque ve su necesidad, prefiere no hacerlo y dejar su cuarto de servicio libre. Y luego Camargo, que sabe quiénes son, por qué están escondidas y que depositan su confianza en él, pero las entrega a la justicia y se queda en el tribunal a exigir su arresto.

El varón intenta reafirmar, de algún modo, la hombría que no se le dio: “Eliseo no era grandote, al contrario, era muy chiquito y gordito, lo único grande que tenía era la voz y sus palabras y sus carcajadas”.¹⁰ El personaje no sólo le grita a la señora Leli, también la insulta para hacer notar su presencia y minimizarla por su estupidez, porque el hombre es el razonable, el que nunca pierde el control. No obstante sus brincos por alcanzar y sobrepasar a la mujer en los cuentos, Eliseo traiciona de cierta forma la confianza depositada en él y corre al niño en la primera oportunidad, lo cual lo sobaja aun más en la escala de la virilidad. La traición hace su parte, lo seduce y logra inculcarse en él, contra aquellas que eran parte del

El hombre como tal pierde sus funciones dominantes en los cuentos. Es el adverso, el idiota o el débil. Se convierte en el agente pasivo, que no actuará a favor de lo que siente. La mujer se auxilia de otras mujeres para salir de los apuros, porque la masculinidad ya no es sólo para los varones.

movimiento en el que él mismo era partícipe. El sentido de compañerismo y colectividad se quebranta cuando es el "otro" marginado, el que lo necesita porque "a los personajes sólo les interesa realizarse dentro de sí mismos, desatendiéndose por lo tanto del destino de su colectividad".¹¹

El hombre como tal pierde sus funciones dominantes en los cuentos. Es el adverso, el idiota o el débil. Se convierte en el agente pasivo, que no actuará a favor de lo que siente. La mujer se auxilia de otras mujeres para salir de los apuros, porque la masculinidad ya no es sólo para los varones. La mujer toma el control y el varón se va degradando poco a poco. Para ver la presencia viril en los relatos, es necesario observar a estas mujeres que parecen poderlo todo, para percibir entre líneas el escondite del individuo.

*Egresada de la Licenciatura en Literatura Hispanomexicana de la UACJ.

¹ Elena Garro, *Obras reunidas I. Cuentos*. FCE, México, 2006, p. 158.

² *Idem*.

³ *Ibid.*, p. 47.

⁴ Ana Rosa Domanella et al., *Escribir la infancia: narradoras mexicanas contemporáneas*. El Colegio de México, México, 1996, p. 37.

⁵ Garro, *op cit.*, p. 166.

⁶ *Ibid.*, p. 48.

⁷ *Ibid.*, p. 161.

⁸ *Ibid.*, p. 44.

⁹ Liliana Pedroza, *Andamos huyendo, Elena*. Tierra Adentro, México, 2007, p. 12.

¹⁰ Garro, *op cit.*, p. 171.

¹¹ Emmanuel Carballo, "Cuatro grandes narradores". *Revista de la Universidad de México. NUEVA EPOCA*, 99 (mayo, 2012). En <http://www.revista-de-la-universidad.unam.mx/9912/carballo/99carballo.html> [consultado en noviembre 3, 2012].